

V - 7
C - 336

D OS POEMAS
MAGISTRALES
DEL SABIO
Y POETA
DON
ANDRÉS BELLO

Publicaciones de la
EMBAJADA DE VENEZUELA
BUENOS AIRES

CAD 4764

V-7
C-336

DOS POEMAS
MAGISTRALES
DEL SABIO
Y POETA
DON
ANDRÉS BELLO

Publicaciones de la
EMBAJADA DE VENEZUELA
BUENOS AIRES
1953



Por medio de la publicación de este nuevo Cuaderno de Poesías, la Embajada de la República de Venezuela en la República Argentina se honra en tributar homenaje al sabio y eximio poeta venezolano don Andrés Bello, uno de los hombres de letras más elevados y completos de Hispanoamérica.

Si el gran Apóstol cubano don José Martí dijo del Libertador Simón Bolívar que todavía tenía que hacer en América, bien podría afirmarse que la obra del educador, del filósofo, del humanista, del jurista y del poeta que se llamó don Andrés Bello, tiene aún mucho que extenderse en el Continente.

Don Andrés Bello nació en Caracas, Venezuela, el 29 de noviembre de 1781, precisamente en la casa situada en la esquina de Las Mercedes, hoy sede del Ateneo de Caracas. Murió lleno de grandes merecimientos y en edad avanzada, en Santiago de Chile, el 15 de octubre de 1865, habiendo consagrado su vida al estudio y a la misión de difundir sus vastos conocimientos.

Su infancia se deslizó a la sombra del Convento de Las Mercedes, demostrando Bello continuamente gran inte-

rés e inclinación hacia la poesía en sus diversas manifestaciones, especialmente por las literaturas española y francesa. El doctor Fray Cristóbal de Quesada, uno de los latinistas más consumados de la época, le enseñó el latín y el castellano. Concluído su aprendizaje de segunda enseñanza, emprendió los dobles estudios para abogado y para médico; pero como sintiese escasa inclinación por ambas profesiones, se dedicó desde muy joven a la enseñanza privada; luego obtuvo un cargo en la Administración pública, lo cual fué en realidad el comienzo de su brillante carrera de hombre de letras.

Como consecuencia del movimiento separatista de España, que se inició en Venezuela en 1810, don Andrés Bello fué enviado a Londres en compañía de Bolívar y de López Méndez, en una misión que les confió el Gobierno de Caracas. De esta manera comenzó su carrera diplomática, estableciéndose en Londres en donde se le designó, primero, Secretario de la Legación de Chile, y posteriormente, de la de Colombia. Pero las tareas diplomáticas no le impidieron dedicarse asiduamente al estudio de la literatura castellana, de la filosofía y hasta del griego, tanto que en poco tiempo llegó a ser lector y traductor de Eurípides y de Sófocles. De Inglaterra se trasladó a Chile, en donde se estableció y realizó gran parte de su obra y su fecunda labor de educador. Andrés Bello fué el primer

Rector de la Universidad chilena. El noble país del Sur brindó al sabio venezolano el calor y el ambiente propicios para la realización de la insigne misión, acogéndolo con gran afecto y escuchando con profundo respeto y veneración su voz de educador y de maestro.

Por su variedad, su densidad, su trascendencia, sus palpitaciones americanistas y su sentido universal, la obra de don Andrés Bello es timbre de legítimo orgullo no sólo para Venezuela, sino para el Continente y para las nobles letras castellanas, y pertenece, por lo tanto, a la historia del pensamiento y de la cultura.

Entre las principales obras de don Andrés Bello cabe citar, por ejemplo, sus magistrales poemas, que comenzó a publicar desde su permanencia en Londres; su monumental Gramática de la Lengua Castellana, publicada en 1847 y la cual "sigue hoy mismo siendo la mejor Gramática que tenemos de la lengua española": esta Gramática fué anotada por el sabio colombiano don Rufino José Cuervo; El Derecho de Gentes, publicado en 1832; El Código Civil Chileno, promulgado en 1855; La Filosofía del Entendimiento; y en el campo gramatical y literario, Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana, sus publicaciones sobre la reforma ortográfica, los Compendios de Gramática y demás estudios gramaticales, un trabajo sobre

LA AGRICULTURA
DE LA ZONA TÓRRIDA



¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
5 acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
10 a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
15 que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
20 por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;

bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
25 y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
30 que, cuando de süave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.✓
Tú viste de jazmines
el arbusto sabeo,
35 y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
40 su blanco pan la yuca;
sus rubias pomás la patata educa;
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
45 en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
50 y para ti el banano
desmaya al peso de su dulce carga;

- el bananó, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
- 55 del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
- 60 escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

- Mas ¡oh! ¡si cual no cede
- 65 el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido
la dicha al fin supiese verdadera
- 70 anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
- 75 ¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria



80 las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
85 o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
90 se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
95 prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
100 del asiduo amador fácil oído
da la consorte; crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
105 es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados

que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo,
110 o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;
115 brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
o animoso hará frente al genio altivo
del engréido mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
120 durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?
125 No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra;
antes fió las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado;
130 y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa,

- 135 en que reseña hacer de sus favores,
como para ganáros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
- 140 El vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
- 145 la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
- 150 entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
- 155 ¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
- 160 ¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina

- está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
- 165 Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
- 170 y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocido hospeda.
- 175 El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
- 180 ¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
y afeites impostores no se cura?
- 185 ¿O el corazón escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,
y a la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
- 190 la risa se compone, el paso, el gesto;
ni falta allí carmín al rostro honesto

que la modestia y la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
195 ¿Esperaréis que forme
más venturosos lazos himeneo,
do el interés barata,
tirano del deseo,
ajena mano y fe por nombre o plata,
200 que do conforme gusto, edad conforme,
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
205 áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino;
210 el intrincado bosque el hacha rompa,
consume el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
215 la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare

220 a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare;
aquí el vergel, allá la huerta ría...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
225 nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
230 los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
235 estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente...
240 ¿Qué miro? Alto torrente
de sonora llama
corre, y sobre las áridas rüinas
de la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
245 y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era

verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
250 sólo cenizas quedan; monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
255 en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza;
260 a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
265 colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,
270 mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,

275 tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia; no el risueño
280 porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido llore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
285 de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
290 árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
erguiese al cielo el hombre americano,
benedicida de ti se arraiga y medre
su libertad; en el más hondo encierra
295 de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los estados;
300 la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados



expiemos la bárbara conquista.
 ¿Cuántas doquier la vista
 305 no asombran erizadas soledades,
 do cultos campos fueron, do ciudades?
 De muertes, proscripciones,
 suplicios, orfandades,
 ¿quién contará la pavorosa suma?
 310 Saciadas duermen ya de sangre ibera
 las sombras de Atahualpa y Motezuma.
 ¡Ah! desde el alto asiento,
 en que escabel te son alados coros
 que velan en pasmado acatamiento
 315 la faz ante la lumbre de tu frente,
 (si merece por dicha una mirada
 tuya la sin ventura humana gente),
 el ángel nos envía,
 el ángel de la paz, que al crudo ibero
 320 haga olvidar la antigua tiranía,
 y acatar reverente el que a los hombres
 sagrado diste, imprescriptible fuero;
 que alargar le haga al injuriado hermano,
 (¡ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
 325 y si la innata mansedumbre duerme,
 la despierte en el pecho americano. -
 El corazón lozano
 que una feliz oscuridad desdeña,
 que en el azar sangriento del combate
 330 alborozado late,
 y codicioso de poder o fama,

nobles peligros ama;
baldón estime sólo y vituperio
el prez que de la patria no reciba,
335 la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea;
el ramo de victoria
340 colgado al ara de la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
345 alma, serenidad y regocijo;
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
350 y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
355 del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda

360 de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres
añadiendo la fama
365 a los que ahora aclama,
“hijos son éstos, hijos,
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
370 de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España”.

LA ORACIÓN POR TODOS

Imitación de Víctor Hugo



I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
5 Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su rueda de cambiante nácar
10 el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado,
brilla el albergue rústico; y la tarda
15 vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante

20 se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

25 Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
30 ¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
35 y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
40 al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.

45 Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
50 esconde su cabeza laavecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡de natural piedad primer aviso!
55 ¡fragancia de la flor del paraíso!
¡preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dió el ser, y la mitad más bella
60 de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

65 Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,

y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
70 la vi tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ¡ni lo sean
a ti jamás!... los frívolos azares
75 de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
80 tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
85 Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
90 y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.

La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
95 alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
100 eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oración.

105 Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vió nacer;
y la abejilla en el frondoso valle,
110 de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
115 que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce canto

alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga,
120 que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.
125 Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
130 los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:
135 por justos y pecadores,
Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
140 funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde

que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

- 145 Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturno bacanal;
y por la velada virgen
150 que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

- Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
155 una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
160 ni da a la injuria perdón.

- Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
165 y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,

y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que sulca animoso
170 la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro, vigila;
175 por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
180 por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

IV

185 ¡Hija!, reza también por los que cubre
la soporosa piedra la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,

190 y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
195 coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fué mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
200 vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija!, cuando tú duermes, te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador.
205 Y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa,
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras
210 qué sueño duermen!... su almohada es fría;
duro su lecho; angélica armonía
no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abrumba;
para su noche no hay albor temprano;

215 y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
220 logre a su oscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

225 Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves, que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí;
en las quejas del aura y de la fuente,
230 ¿no te parece que una voz retiña,
una doliente voz que dice: "Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
235 el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror; hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas

240 árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada oscura,
y el ruego invocaré de un alma pura,
que a mi largo penar consuelo dé.

245 Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz implores,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
250 si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
255 que llegue hasta mi lóbrego retiro,
y haga mi helado polvo rebullir.



PUBLICACIONES
REALIZADAS POR
ESTA EMBAJADA:

- 1—Nuestro Libertador y la Ciudad Argentina de Bolívar.
- 2—Poetas de América cantan a Bolívar. (*Antología*).
- 3—Dos Documentos de Actualidad Política Venezolana.
- 4—Simón Bolívar: Itinerario de una vida admirable.
- 5—La Novela en Venezuela. (*Arturo Uslar Pietri*).
- 6—La Música Popular de Venezuela. (*Luis Felipe Ramón y Rivera*).
- 7—Aspectos fundamentales de la actual obra de Gobierno en Venezuela. (*Dr. Miguel Moreno*).
- 8—Legislación Social en Venezuela.
- 9—Geografía Física de Venezuela. (*Antonio Arráiz*).
- 10—Lo popular y folklórico en el Táchira (*Manuel F. Rugeles*).
- 11—Venezuela en síntesis.
- 12—Discurso del Presbítero Carlos Borges en la casa natal del Libertador.
- 13—Bolívar-Tres héroes (Bolívar) (*José Martí*).
- 14—Voz Venezolana (Revista) N° 1.
- 15—Dos documentos del Presidente de Venezuela, Coronel Marcos Pérez Jiménez.
- 16—Dos poemas magistrales del sabio y poeta don Andrés Bello.

REPRESENTACION DIPLOMATICA
DE LA
REPUBLICA DE VENEZUELA
EN LA
REPUBLICA ARGENTINA

CANCILLERIA

Esmeralda 909, 4º piso A - T. E. 31-8337

Doctor JOAQUIN DIAZ GONZALEZ

Embajador

Doctor JORGE ARRILLAGA

Ministro Consejero

AQUILES CERTAD

Consejero Cultural

MARCIAL NASS

Primer Secretario

OMAR MAZZEI

Tercer Secretario

Doctor AULIO URDANETA CHUECOS

Agregado Comercial

CONSULADO GENERAL

Calle Bulnes 1845 - T. E. 72-4694

JOSE MARIA PULIDO VILLAFANE

Cónsul General de Venezuela